



dencia, librándose de la dominación portuguesa, á causa de las guerras que hubieron de sostener con los príncipes indígenas, quienes hicieron causa común con la Holanda contra Felipe II.

Las colonias de los holandeses recibieron un grande impulso en las indias con la *Compañía de las Indias*. Batavia fué el centro y emporio de sus posesiones, y una buena parte del Archipiélago Índico cayó sucesivamente en su poder. En las costas de las dos penínsulas indias establecieron muchas factorías, y llegaron á extender su comercio hasta la China y Japon, en cuyo último país no les era permitido entrar, á ménos que renegáran del cristianismo que habian proscrito los emperadores. La colonia que establecieron en el Cabo de Buena Esperanza fué de inmensa utilidad para el comercio de las Indias, pues servia como de estación á las embarcaciones que hacian aquel largo viaje. Comenzó á declinar la importancia de sus colonias á mediados del siglo XVIII, por la mala administración de la compañía, por el cambio frecuente de los gobernadores generales, y por la rivalidad de los ingleses, que se hicieron dueños de una buena parte de las Indias Orientales.

No establecieron los franceses de una manera directa relacion alguna con las Indias. Colbert, ministro de Hacienda en el reinado de Luis XIV, fué el que creó una compañía de las Indias que hizo varias expediciones á aquel país y estableció factorías en Madagascar, sobre la costa de Malabar, y en Pondichery. Esta fué el centro de los establecimientos franceses en aquellas comarcas; mas la envidia de los holandeses é ingleses no permitió á Francia hacer más dilatadas sus posesiones. Sin embargo, Dumas, gobernador de Pondichery, concluyó algunos tratados con el gran mogol de las Indias, que dieron por resultado la consolidación de la dominación francesa. Dumas se apoderó también de algunas islas del Archipiélago Índico, tales como la isla de Francia y de Borbon, que adquirieron pronto grande importancia comercial. Dupleix, sucesor de Dumas, se hizo también dueño de una parte de Bengala, con cuyo hecho fué tomando más aumento la en-

vidia de los ingleses, hasta que estalló entre estas dos naciones una guerra, cuyos resultados fueron harto funestos para los franceses, pues perdieron la mayor parte de sus posesiones, desde cuya época data su decadencia.

Las primeras expediciones de los ingleses á las Indias Orientales se remontan á fines del siglo XVI. Créese también la compañía de las Indias en tiempo de Isabel, y los ingleses establecieron algunas factorías en las islas de la India, de donde fueron expulsados por los holandeses. Fijáronse despues sobre la costa de Coromandel, y allí se hicieron dueños de la ciudad y territorio de Madras; pero sus progresos se paralizaron ante la revolución que inició á esta nación la época de su decadencia. Pero en tiempos de Carlos II concedieron más privilegios á la compañía de las Indias y llegó á hacerse dueña de la isla de Santa Elena y también de Bombay. Acabaron de consolidarse las posesiones de los ingleses con la adquisición del distrito de Calcuta. Por este tiempo se creó una segunda compañía de las Indias. De suponer era que habia de estallar una rivalidad entre las dos compañías si pronto no se las refundia en una sola, como así hubo de hacerse más tarde. La disolución del imperio de los mogoles en las Indias proporcionó á los ingleses ocasión de extender su dominación; pero no se llevó á efecto hasta despues de la guerra contra los franceses, en que la compañía pudo gobernar libre en las Indias. El imperio británico quedó así consolidado en aquellas comarcas.

Los portugueses, que se habian fijado sobre las costas del Brasil, avanzaron hasta el interior de este país, sometién-dole poco á poco á su dominación. Gracias al celo apostólico de los jesuitas, se extendió rápidamente el cristianismo en aquellas comarcas; pero la ambición de los colonos, que querian reducir á la esclavitud á los naturales, paralizó los esfuerzos de los misioneros. La unión de Portugal á España bajo el cetro de Felipe II fué de funestas consecuencias para el Brasil, pues los holandeses le atacaron y conquistaron la mayor parte; pero las persecuciones que ejercieron contra la religión católica provocaron una insurrección general. Con la independencia de Portugal en don-



Juan de Braganza y expulsión de los holandeses por D. Juan de Bieira del Brasil, quedó este país en pacífica posesión para los portugueses. Con el descubrimiento de las minas de oro y de diamantes que pronto empezaron á explotar los portugueses, haciéndoles descuidar bastante la colonización del país, y con las medidas violentas contra los jesuitas, se inauguró la decadencia del Brasil, que terminó con la separación de Portugal.

España tenía inmensas posesiones en América: Méjico, con la California y las islas, formaban el vice-reinado del Sur. Las minas de plata de Méjico y del Perú constituían uno de los principales productos de la corona de España, que habia abandonado la explotación á la industria particular para servirse solamente de aquellos productos. Gozaban las colonias españolas de una completa libertad; sabias leyes protegían á los naturales de aquellos países contra las violencias de la población europea. Desgraciadamente estas leyes no eran siempre observadas, y la oposición natural que existía entre las dos razas impedía su fusión. Los esclavos negros que eran allí trasportados anualmente de Africa, componían una tercera raza distinta de las dos anteriores. El cristianismo se extendió allí rápidamente, merced á la actividad del clero católico, y especialmente de los jesuitas, que hicieron numerosas conversiones entre los indígenas del interior. España unió también el Brasil á sus posesiones despues de la unión de Portugal; pero su comercio sufrió mucho con las guerras que tuvo que sostener contra los holandeses. El volver el Brasil á ser posesión de Portugal, fué hasta ventajoso para las posesiones españolas, que desde entonces disfrutaron de una imperturbable paz. Pero sólo duró hasta las guerras con Francia é Inglaterra, en cuya época fueron atacadas todas las colonias que allí poseíamos, iniciándose su decadencia. Los franceses se apoderaron también de la isla de Santo Domingo, pero por el tratado de París dieron en cambio la Luisiana. La expulsión de los jesuitas de todas las colonias españolas, fué la que preparó para lo sucesivo la separación de todas ellas.

Los franceses entablaron relaciones comer-

ciales con América en la segunda mitad del siglo XVI, pero hasta principios del XVII no comenzaron á fundar algunas colonias. Fijáronse primero en Cayena, despues en Quebec del Canadá y más tarde en Guadalupe y en la Martinica. Estos primeros establecimientos tuvieron poca importancia como colonias, y sólo servían para centros de comercio. Colbert fué el fundador de las colonias francesas en América; compró á particulares algunos establecimientos de las Antillas, y tomó bajo su protección á los filibusteros de Santo Domingo. Organizó despues una compañía de las Indias occidentales, que dotó con muchos privilegios comerciales. El cultivo del azúcar y del café ocupó pronto grande extensión en las islas, y el comercio recibió nuevo impulso por la libre importación.

Los primeros ensayos de colonización hechos por los ingleses en América, datan del reinado de Isabel. Sin embargo, hasta Jaime I no llegaron á establecer una colonia sobre las costas de la Virginia; varias compañías se formaron entonces en Inglaterra para explotar la América, que alcanzaron grandes privilegios. La nueva colonia que se estableció en esta época al norte de la Virginia, llevó el nombre de Nueva-Inglaterra. Los puritanos, á fin de sustraerse de las persecuciones de Jaime II de Carlos I, emigraron al Nuevo Mundo y fundaron la ciudad de Boston en el estado de Massachusetts. Con motivo de las disensiones religiosas que entre ellos estallaron, uno de los sectarios fué á fijarse en Rhode-Island.

Apoderáronse los ingleses de la ciudad de York y de todo su territorio, y la dieron el nombre de New-York. Quitaron á los holandeses una comarca limítrofe que llamaron New-Jersey, y lord Clarendon fundó por la misma época el estado de la Carolina, así llamada en honor del rey Carlos II.

A fines del siglo XVII las colonias inglesas cubrían ya toda la costa oriental de la América, desde los confines del Canadá por el Norte, hasta las fronteras de la Florida.

La Nueva-Escocia y Tierra-Nueva quedó de los ingleses con la paz de Utrecht. La fundación de una nueva colonia en la Georgia, al sur



de la Carolina, elevó hasta trece el número de las provincias inglesas en América. La guerra con la Francia, en la que tomaron una parte muy activa las colonias americanas, valió también á la Inglaterra la posesion del Canadá y de la Florida, que habia pertenecido á España, extendiendo así su dominacion vastísima sobre la principal parte del norte de América.

El alzamiento de Boston se extendió rápidamente por todas las colonias, conviniendo en reunir en Filadelfia un congreso, al que todos los Estados debian mandar sus diputados. El congreso publicó un manifiesto, en el que expuso los derechos de los americanos y defendia para ellos las garantías que los ingleses gozaban en su propio país. Organizóse en todas partes una milicia nacional. Los almacenes los tenian establecidos á cuatro leguas de Boston, y el general Gage mandó tropas para destruirlos, y aquí comenzó de hecho la guerra.

A los americanos les cupo la mejor parte en el combate de Lexington, que contribuyó para hacerles cobrar verdadero entusiasmo. Un segundo congreso se reunió y nombró á Washington general en jefe del ejército americano. La prudencia, la energía y los talentos militares de este grande hombre, salvaron su patria; á él se debe la gloria de haber dado la independencia de los Estados-Unidos americanos.

Marchó sobre Boston y obligó á los ingleses á evacuarla; pero en tanto que alcanzaba estas ventajas tan importantes, la expedicion del Canadá contra Quebec le fué completamente adversa.

El congreso proclamó al fin solemnemente la independencia de los trece estados americanos, y estableció entre ellos un lazo de union federal, dándoles una completa independencia para el gobierno interior de cada Estado.

A consecuencia de estas derrotas, mandó Inglaterra un nuevo ejército á las órdenes del general Howe, que se hizo dueño de New-York, de Rhoda-Island y de New-Jersey; el ejército de Washington estaba por otra parte completamente desorganizado. En estas circunstancias fué cuando el congreso mandó á Paris al célebre Franklin, que se habia ya mostrado en

Londres defensor celoso de los intereses americanos.

Muchos jóvenes de Francia fueron á América para tomar parte en la guerra de independencia; entre ellos se distinguió Lafayette, que fué ayudante de Washington. Los insurrectos no pudieron impedir que Howe se apoderara de Filadelfia; pero la derrota del general inglés Bourgoyne, que se vió obligado á capitular en Saratoya, reanimó á los insurrectos. Poco tiempo despues concluyeron un tratado de alianza con Francia y la guerra tomó entonces un nuevo aspeto.

La activa entervencion de la Francia en la guerra, obligó á los ingleses á redoblar sus esfuerzos, dividiendo sus fuerzas. El general Howe, que habia permanecido inactivo en Filadelfia, presentó su dimision. Su sucesor, Clinton, evacuó esta ciudad llevándose el ejército á New-York.

Llegó despues una escuadra francesa para proteger á los insurrectos, pero habia sufrido ya mucho en una batalla librada con los ingleses, cerca de la isla de Ouessant, y Washington se vió obligado á mantenerse á la defensiva, en tanto que los ingleses hacian la conquista de la Carolina y de la Georgia. En este tiempo fué cuando España y Holanda se aliaron con Francia y con los americanos contra Inglaterra, y cuando estalló aquella terrible guerra marítima, de la que fueron teatro las costas de América, el Mediterráneo y las Indias Orientales. Verdad es que Inglaterra hizo ver en esta ocasion su superioridad marítima, venciendo á las escuadras reunidas de estas dos potencias; pero Washington alcanzó ventajas en la Carolina y obligó al general inglés Cornwallis á capitular y á deponer las armas.

Cambió por entonces en Inglaterra el ministerio, entrando á componer el nuevo hombre partidarios de la independencia de las colonias. Estos sucesos trajeron consigo la paz, que fué firmada en Versailles entre Inglaterra por una parte, los Estados americanos, la Francia, España y Holanda por otra. Washington fué el primer presidente del nuevo Estado federado que ya habia dado una constitucion de-



finitiva, instituyendo un senado y una cámara de representantes que debian compartir con el presidente el poder legislativo.

La extension del tomo V, que termina en este lugar, nos obliga con sentimiento á trasladar la relacion de hechos notabilísimos y gloriosos para España á los apéndices del tomo VI.

La noble y simpática figura de Carlos el emperador, de una parte, cuyos hechos llenan la historia de Europa en esta época, y la del gran Felipe II, tan grande como injuriado por el racionalismo contemporáneo, son dos monarcas sin rival en su siglo, ni otro despues, en esta pobre España, que mal avenida con las doctrinas de santa libertad y verdadero progreso, apenas acierta á caminar por otra senda, que por senda de perdicion.

Se maldice por algunos del siglo XVI, del emperador Carlos V, del victorioso vencedor del rey caballeresco Francisco I, y se maldice

más aún de la figura del gigante del Escorial, que aún para tumba necesita una maravilla, y se olvidan que fué para la civilizacion europea el Carlos Martel del siglo XVI, pues libró á España de los torrentes de sangre que inundaron toda la Europa, sin espectros, ni torturas, ni verdugos, que pintan á placer con pinceles de mentidos colores los impugnadores del Santo Oficio, mucho más liberal y más sensato y más justo que los tribunales de los clubs y de los demagogos en la época revolucionaria. Creemos lógicamente, y así debemos consignarlo contra la ciega opinion, que en el buen sentido de la palabra, Felipe II ha sido el rey más justo y más liberal con que cuenta la cronología española.

En los apéndices del tomo VI insertaremos, extractados del ilustre é imparcial historiador Cabrera, los hechos más notables que tanto y tanto enaltecen la gran figura de Felipe II, injustamente denigrado por los impostores de la historia.

FIN DEL TOMO V